

La teoría literaria como ofrenda latinoamericana

VÍCTOR BARRERA ENDERLE

La elección del título para este ensayo exige al menos una breve introducción, la cual, más que un inicio, deberá ser forzosamente una digresión. O tal vez se precisan dos, pues en realidad son dos los términos que, unidos, entran en conflicto. Teoría literaria y Latinoamérica. El primer concepto significa, a primera vista, una asociación clásica y ya gastada. Me refiero a la idea que solíamos tener de la “Teoría Literaria” con mayúsculas. Un concepto hegemónico, universal y deshumanamente objetivo. Históricamente deshistorizado, en pocas palabras. No me extenderé aquí describiendo las transformaciones y crisis que la teoría literaria ha padecido y sufrido en las últimas décadas (problemas conocidos por todos y que para muchos indican la llana desaparición de esta especialidad), sólo remarcaré la importancia que tuvo en sus días de gloria. Un periodo ya delimitado por la historiografía literaria, y que bien podríamos “encerrar” entre los años que van del formalismo ruso (en los albores de la revolución soviética) a la moda estructuralista francesa, detonada en la posguerra y concluida en la década del sesenta, antes del famoso mayo parisino. Hablo de medio siglo de prestigiosa presencia. Dije presencia, pero quizá debí haber dicho “búsqueda”, porque la teoría literaria surgió como un anhelo, un deseo de concreción, y como tal permaneció a lo largo de su corta existencia.

Su gestación se dio fuera de los cafés y cenáculos de la vida literaria finisecular. Fue el primer movimiento surgido en la academia, aunque en esencia fuese antiacadémico o, mejor dicho, antifilológico. Principio y fin de los estudios literarios, la mejor prenda del especialista, ese nuevo personaje surgido del progreso occidental. Si bien es cierto que la literatura era, desde el siglo XIX, una materia impartida en las instituciones de educación superior, nunca antes de este periodo se le había visto como “objeto de estudio”. Previo a los revolucionarios cursos sobre lingüística, impartidos por Ferdinand de Saussure a principios del siglo XX, difícilmente se podría pensar en estudiar a la literatura desde su “autonomía”. O se la comprendía como la manifestación de la vida de un autor en particular (influenciado por el medio, la herencia sanguínea o la nacionalidad), o se la enseñaba como la genialidad de un pueblo en general. Los estudios literarios, donde los había, no eran sino el complemento del extenso proyecto de configuración de los modernos estados nacionales: la literatura como manifestación (y confirmación) de la nacionalidad. Si bien es cierto que los creadores y ensayistas modernos (acaparó aquí a toda una red de manifestaciones estéticas cuyo vínculo principal sería la autonomía del arte y la obsesión por la forma) habían desarrollado una crítica, que algunos tacharían de simbolista y otros, más despreciativos, de impresionista, la realidad es que la literatura no contaba con una reflexión “especializada” (entrecornillo el término para hacer énfasis en su particularidad histórica), o no completamente.

La revolución teórica surge del rechazo a esa crítica autodenominada moderna. Primera queja del científico en ciernes ante el artista aficionado que defiende un modo de vida en apariencia, y sólo en apariencia, ajeno al modelo industrial y autónomo del capitalismo finisecular. Los famosos ataques de Víctor Shklovski a las ideas de Pobjenia referentes a la visualidad del discurso poético (un entendible rechazo a las poco rigurosas “divagaciones simbolistas”) cimientan el principal deseo de la teoría literaria en estado germinal: establecerse como una ciencia particular, capaz de emitir fórmulas de validez universal. No necesito recordar aquí las palabras de Boris Eichenbaum sobre el método formal, sólo remarco sus intenciones de establecer una disciplina en el romántico universo literario.

A contrapelo de la tradicional filología, abotagada de afanes etimológicos y deseos de legitimidad política, los nuevos estudios literarios apostaban por la re-

flexión sincrónica y apartaban olímpicamente a las manifestaciones biográficas del autor. Labor titánica que intentaría esclarecer de una vez por todas el anti-quísimo dilema: ¿cuáles son los elementos que hacen de una obra una creación literaria? El primer esfuerzo es denominativo, la creación de un neologismo que concentrará todos los misterios por resolver: “literariedad” (o “literaturiedad”) para luego anclar en una obsesión metodológica por describir estructuras y descifrar sistemas. Eso en un extremo de Occidente, en el otro, el desarrollo era distinto...

La segunda digresión tiene que ver con la aparente contradicción que representa la delimitación geográfica de una ciencia en progreso. Universalidad trocada por regionalismo. La asociación entre teoría literaria y América Latina conlleva invariablemente la formulación de un desafío. Demostración doble. Primeramente, la relación implicaría el ingreso de esta región en el campo de los estudios literarios modernos en términos de igualdad. Después, sería la confirmación del propio desarrollo cultural (prueba de autonomía y carácter propio). Si en el siglo XIX, la literatura representaba, para los países latinoamericanos, la prueba irrefutable de la existencia del alma nacional, en el XX, la teoría literaria constituiría la reafirmación del desarrollo intelectual (manifestación cristalina del éxito de las instituciones paridas por los estados nacionales). Y es aquí donde se inscriben los esfuerzos teóricos de Alfonso Reyes.

Dos ideales, correspondientes entre sí, distinguen a la generación intelectual de Reyes: la profesionalización (o mejor: el esfuerzo por conseguirla) y la consagración de la carrera de las letras en el espacio público. Son ellos, los jóvenes literatos que al despuntar los primeros años del siglo XX reconocen el paradigma modernista, pero advirtiendo las limitaciones del medio (son, por lo general, sujetos obsesionados por la comparación), quienes inician la consagración de la crítica como actividad legitimada y necesaria en el nuevo ámbito cultural que se desea imponer en las naciones hispanoamericanas, en un movimiento cercano —mas no idéntico— al rechazo de los formalistas a la crítica simbolista.

Juventud privilegiada, destinada a constituirse en la aristarquía soñada por José Enrique Rodó unos cuantos años antes en el *Ariel*: los guardianes de la cultura, sujetos no mutilados de humanidad. Su labor reformadora empieza por la transformación del medio

local. Precisan el cambio de las políticas culturales; es para ellos fundamental iniciar una democratización de los estudios para acercar al “pueblo” a la alta cultura occidental y garantizar así un público para sus actividades.

Tales son los afanes del joven Reyes, escritor y crítico en ciernes que deberá enfrentar las adversidades para concretar su vocación (hablo aquí no sólo de las desgracias personales que todos conocemos, sino de obstáculos diversos: falta de espacios, de interlocutores, de medios). Sus primeros ensayos dan cuenta de ese anhelo iluminador. Un proceso de ordenamiento y delimitación tanto de las literaturas nacionales hispanoamericanas, como de los principales movimientos culturales de Occidente.

A diferencia de los formalistas rusos, Reyes no desprecia la crítica modernista ni enfoca su preocupación solamente en el aspecto lingüístico o formal de los objetos literarios (tampoco comparte el optimismo por los movimientos de vanguardia, y sobre este punto sólo señalo la juvenil devoción de Roman Jakobson por el futurismo). La razón es simple: su preocupación es más amplia y busca la comprensión del espectro cultural (las redes comunicacionales entre los diversos espacios y discursos que unen y desunen los confines oc-

cidentales) a través de la interpretación de obras estéticas. La reflexión de Reyes partió, desde sus inicios, de la comprensión del creador ante su obra, sin caer desde luego en la anticuada concepción de corte biológica o biográfica del arte. Me explico: no es que Reyes pretendiera la descripción de la obra a través de la vida del autor, sino el entendimiento (vía la comparación de todos los impulsos creadores) de los procesos de producción literaria y artística. Pienso en sus ensayos primigenios: “Las tres *Electras* del teatro ateniense”, “El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX”, “Los *poemas rústicos* de Manuel José Othón”. En los tres trabajos la preocupación por el universo de la creación es mayor. Tengo presente la existencia temprana de una reflexión casi exclusiva sobre el lenguaje poético: su ensayo juvenil “Sobre el procedimiento ideológico de Stéphane Mallarmé”. Pero creo que podemos estar de acuerdo en la amplia vocación humanista de esos primeros días de labor ensayística. La especialización era, para él como para sus compañeros de ruta, ampliación en el mejor de los términos: anhelo de unidad y coherencia. De nuevo, la paternal presencia del Próspero latinoamericano: José Enrique Rodó.



DÁNDOLE DE COMER A LOS CERDOS / PERFORMANCE / REGISTRO FOTOGRÁFICO

He aquí el principal contraste del desarrollo intelectual y literario de la América Latina durante la primera mitad del siglo XX. La especialización europea contrasta con el afán integracionista de los hispanoamericanos. Esto es evidente en la propia formación de Alfonso Reyes. Después de su etapa inicial de revisión, viene una búsqueda por el lugar de América en el logos occidental. De *Visión de Anáhuac* a *Última Tule* el proyecto es parecido: la síntesis como resultado de la fusión de una herencia impuesta y aceptada con el deseo de reconocimiento propio. La referencia inmediata es la famosa y tergiversada “decadencia” de Occidente; el proyecto continental: la concreción de la inteligencia americana. Ella sería el aporte principal y totalizador.

He aquí el meandro del asunto. El deber de su generación y el suyo propio al despuntar la década del cuarenta. Mientras Europa (y el resto del mundo con ella) se enfrasca en una nueva contienda supranacional, Alfonso Reyes regresa a casa para elaborar los primeros esfuerzos por concretar una teoría literaria desde esta región del planeta. La empresa precisa de todas las energías y el primer paso son las delimitaciones del campo de estudio. Tal será el objetivo de su libro emblemático *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, publicado en 1944. Debo añadir que las preocupaciones alfonsinas por el fenómeno literario eran antiguas y que, al menos, se habían manifestado claramente en una tríada de ensayos fundamentales. Me refiero por supuesto a “Apolo o de la literatura” (1940), “Aristarco o anatomía de la crítica” (1941) y “Jacob o idea de la poesía” (1933). Aquí se encuentran las tres rutas que él retomará un poco después para intentar un estudio sistemático de la literatura. Tres preguntas subyacen a los textos: ¿qué es la literatura, qué la crítica y qué la creación? Las respuestas abrirán el camino para la especialización al demarcar los espacios de estudio. Por un lado quedarán, dentro de la denominada por él “ciencia de la literatura”, las fases particulares y específicas de la recepción literaria (la crítica con sus niveles —impresión, exégesis y juicio— y la historiografía literaria); y por otro la teoría que se ocupará de su condición más general. Reyes infiere que todo esfuerzo teórico debe necesariamente partir de un largo proceso de experimentación y estudio. A diferencia de los teóricos metropolitanos (pienso Welleck y Barren, sobretodo), para quienes la creación y la crítica eran aspectos secundarios de la reflexión sistemática, la teo-

ría alfonsina se sustenta en el conocimiento adquirido a través de una relación personal (pasional, añadiría yo) e intensa para con la creación y la crítica literaria. Ciertamente, el camino hacia la teoría alfonsina parte del deslinde entre teoría y ciencia de la literatura, pero con la conciencia de que ambas se reencontrarán de manera inevitable. Reyes aceptará la dimensión lingüística del fenómeno literario, pero no reducirá a eso solamente la concreción de la literatura.

La teoría literaria aparecerá como la culminación de una sociedad (la mexicana en particular y la latinoamericana en general) que ha apostado (o debería haberlo hecho) por la democratización de la educación y por la condición humanista de los estados nacionales. La redacción de *El deslinde* surge a la vez como un ejercicio académico riguroso y como una política cultural de altos vuelos. Fruto exquisito de la inteligencia americana. Digna ofrenda del “nuevo mundo” a la tradición (la *episteme*) occidental. Su concreción pretende modernizar los estudios especializados y a la vez difundirlos más allá de las cortas miras del centralismo endémico que muchos de nuestros países padecían y aún padecen. “Los dos mayores peligros —nos dice en el prólogo— que amenazan a las naciones, de que todos los demás dependen, son la deficiente respiración internacional y la deficiente circulación interna” (Reyes, 1980: 17).

El deslinde surgió como un libro anunciado y esperado no sólo por el vasto público cautivo de la pluma de Reyes sino por una incipiente comunidad académica que se esparcía por toda Latinoamérica. La gran expectativa se resumía en una pregunta: ¿cómo daría Alfonso Reyes el paso de la cómoda y graciosa prosa ensayística a la rigurosidad del parlamento teórico? El desconcierto fue casi unánime para todos y pocos quedaron satisfechos con el resultado. Para su público la escritura especializada y reacia a la ambigüedad causó extrañeza y desconfianza; para “los especialistas” los procedimientos y métodos alfonsinos (carentes de toda imposición y guiados principalmente por intuiciones de difícil explicación) no satisficieron la dosis de presumida objetividad que para ellos es preciso ostentar a la hora de embarcarse en tales empresas. Menciono solamente la recepción latinoamericana, pues la metropolitana fue y es casi inexistente. ¿Qué fue realmente lo que desconcertó de estos prolegómenos a la teoría literaria? Primeramente están ciertos indicadores de la pretensión total de la empresa: una demostración

más allá de lo literario, una prueba de la inteligencia americana y un deseo de cambiar la cartografía del conocimiento occidental. Más que describir las generalidades de su teoría literaria (que, salvo detalles, no son muy distintas de las otras empresas teóricas de su época y a las cuales podríamos definir, siguiendo a Jonathan Culler (2000), como elaboraciones de una “explicación sistemática de la naturaleza literaria y de los métodos que han de analizarla” [11]), me referiré a los contornos, al cómo la entiende nuestro autor desde su perspectiva triple (de teórico, crítico y creador). Desde el principio del texto nos desafía el ensayista: “Reduzco al mínimo mis referencias bibliográficas —puesto que la primitiva exposición se ha convertido en una tesis personal—, procurando que ellas correspondan a la necesidad de mis argumentos y sin entregarme a ostentaciones inútiles.” Y más adelante aventura uno de sus objetivos implícitos: “Nuestra América, heredera hoy de un compromiso abrumador de cultura y llamada a continuarlo, no podrá arriesgar su palabra si no se decide a eliminar, en cierta medida, al intermediario.” (Reyes, 1980: 18)

No es pues un afán mimético, sino de distanciamiento el que mueve la empresa. Reyes no busca emular a sus pares ingleses o alemanes, sino partir de su propia experiencia como escritor mexicano. Hay una relación implícita entre la tradición literaria y el teórico y ella es fundamental para elaborar cualquier hipótesis que se pretenda de validez universal. No es casualidad por tanto la selección de algunos procedimientos de la fenomenología de Husserl para efectuar la elaboración de *El deslinde*, ni la mención de ciertos autores latinoamericanos (como José Martí o Manuel Gutiérrez Nájera) para corroborar sus teorías. El carácter apriorístico de la fenomenología y la transformación metodológica que implicaba (esto es, la supresión de todo conocimiento ajeno a la propia experiencia) resultaron de suyo útiles para la legitimación enunciativa del proyecto alfonsino. La fenomenología le permitía dejar momentáneamente su condición marginal dentro del panorama académico occidental. Más que un instrumento era una estrategia. Y ello se evidencia con la posterior transformación del término fenomenología por “fenomenografía”, con el cual se distanciaba de la estrechez del lenguaje filosófico para entrar en el amplio mundo significativo de la equívocidad literaria. *El deslinde* como teoría literaria tradicional es atípico no sólo en su metodología (donde “se procede en marchas cíclicas y por redibujos sucesivos”), sino incluso en sus

pretensiones finales: “Nuestras conclusiones tienen un carácter de aproximación y tendencia; gracias a eso serán rigurosas.” (31)

La plena conciencia de la imposibilidad de sacarse de encima las consideraciones pragmáticas acercan al libro con las “reflexiones repulsivas” del posestructuralismo más desenfadado, pero sin caer en sus conocidos excesos. El autor de *La experiencia literaria* no negará, y en este “acto de fe” se encuentra implícita la aceptación de su “fracaso” teórico, la dimensión estética de la obra literaria, tampoco se contentará con definir lo literario como una convención lingüística (una fórmula exclusivamente formal).

La lectura de estos prolegómenos es un rastreo, un trazo que intenta marcar y delimitar una superficie acuosa. La dilatada descripción de las manifestaciones de ancilaridad (lo no literario) y la infinidad de posibilidades de préstamos y empréstitos que la literatura establece con otros discursos sólo retardan la certidumbre alfonsina de la imposibilidad teórica. La peroración final del texto, verdadero testimonio de honestidad intelectual, es la tácita aceptación alfonsina de la condición vital y (fatal) del pensamiento latinoamericano. Casi podríamos definir tal condición como “pasión crítica”, o más específicamente como “pasión teórica”: deseo de pertenecer pero reconocimiento de las propias deficiencias. Y en última instancia: rechazo unánime al pretendido objetivismo que, desde ese momento y durante varios años más, inundará los recintos escolares en los inquietantes y desconfiados días de la guerra fría (y que hoy ronda nuevamente por universidades e instituciones educativas, sólo que disfrazado con relucientes neologismos).

“Armonía intelectual” como destino de la cultura latinoamericana, ese fue el anhelo expuesto en las reflexiones alfonsinas sobre la inteligencia americana. Y tal fue la búsqueda que Reyes se impuso al elaborar *El deslinde*. Delinear y establecer (esclarecer) de una vez el carácter unificador (en el sentido más “humanista” del término) de nuestra vida intelectual y artística. Anhelo de plenitud para una nueva sociedad, compuesta de ciudadanos capaces no sólo de discernir y resolver sus vicisitudes cotidianas (económicas, sentimentales y políticas), sino de apreciar, aprender y gozar de las manifestaciones estéticas y críticas. Esa es la pretensión de la teoría literaria alfonsina: congregar todas las experiencias, implícitas y explícitas, del fenómeno literario y hacerlas aparecer en su compleja y misteriosa totalidad (en lugar de separarla en compartimentos estancos). Aspiración totali-



zadora que trataría de culminar un largo proceso de modernización que había empezado cuarenta años antes, cuando un “diletante” uruguayo proclamó para los latinoamericanos el derecho a la tradición y al goce estético.

La obra alfonsina posterior a *El deslinde* resulta, en apariencia, una vuelta hacia atrás, un regreso a la tradicional y elegante prosa de Reyes. Y lo es, pero sólo en parte, pues hay aquí un rechazo al descuidado inmanentismo que de a poco se empezó a importar en nuestras universidades y que a la postre llevaría la discusión sobre la teoría literaria a niveles de abstracción conocidos (y padecidos) por todos nosotros.

No, por fortuna no fueron por ese camino las pretensiones sistematizadoras de Alfonso Reyes. Al contrario: la aportación que intentó legarnos con su obra fue de carácter crítico, de vitalidad y enriquecimiento. Más que instalarse en el ámbito académico, el proyecto teórico alfonsino pretendía incorporarse a la experiencia cultural más amplia de nuestras sociedades. Literatura y su recepción como derechos de los ciudadanos. En ese sentido, su teoría literaria —su pasión teórica— se aviene más con las múltiples “teorías” que desde hace cuarenta años han aparecido en

diversas partes del planeta y las cuales se han manifestado más como prácticas culturales que como hipótesis universalistas, como expresiones heterogéneas de las diversas formas de producir, recibir y difundir bienes culturales, artísticos e intelectuales por parte de lectores y creadores de procedencia variopinta.

Hoy como nunca, la recuperación de los esfuerzos teóricos de Alfonso Reyes representaría la confirmación de la rica y fecunda experiencia literaria de los creadores y críticos latinoamericanos. Un valioso punto de vista que continúa siendo a un tiempo revelador y desafiante.

Bibliografía

- Barrera Enderle, Víctor (2002). *La mudanza incesante. Teoría y crítica literarias en Alfonso Reyes*, Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Culler, Jonathan (2000). *Breve introducción a la teoría literaria*. Traducción de Gonzalo García. Barcelona: Editorial Crítica.
- Eagleton, Terry (2005). *Después de la teoría*. Traducción de Ricardo García Pérez. Barcelona: Debate.
- Reyes, Alfonso (1962). *La experiencia literaria y Tres puntos de exegética literaria*. *Obras Completas*. Vol. XIV. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, Alfonso (1980). *El deslinde y Apuntes para la teoría literaria*. *Obras Completas*, Vol. XV. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, Alfonso (1981). *Ayunque*. *Obras Completas*. Vol. XXI. México: Fondo de Cultura Económica.